Historia de los libros célebres

FAUSTO

EL « Fausto » es la obra más famosa que nos ha legado el gran poeta alemán Juan Wolfgang Goethe.

Comenzó a escribirla en su juventud, y le dió fin después de los ochenta años. Su argumento está sacado de una vieja leyenda. Había empezado ya Goethe a ordenar las ideas que sobre ella germinaban en su mente, cuando asistió en Francfort — tenía el poeta entonces veinticinco años—al drama de Fausto, en un teatro de fantoches. Entonces fué cuando confirmó su propósito de encerrar en aquel argumento su propia vida espiritual. Fausto es la personificación del hombre que ha abarcado todo el saber humano, que ha estudiado todas las ciencias, sin conseguir saciar la sed de saber que le atormenta. Siempre inquieto, siempre en lucha consigo mismo, ávido de alcanzar las elevadas cumbres del pensamiento, de penetrar los profundos abismos de la Naturaleza, acepta la ayuda del demonio, que le promete satisfacer sus ansias de ciencia.

La obra de Goethe se divide en dos partes, de las cuales, la primera—en la que vive la suave figura de Margarita—es la más conocida y la más bella.

FAUSTO HACE UN PACTO CON EL DIABLO

Mientras los himnos angélicos resonaban en el cielo, alabando las obras del Creador, Mefistófeles, el ángel rebelde, se acercó a Dios y le habló así:

—Señor, yo no sé qué pensar de esos soles y esferas resplandecientes y de las demás obras vuestras, pero lo que no se me oculta es que los mortales sufren y se angustian tan dolorosamente, que no alcanzo cómo podría atormentarlos más.

—¿Conoces a Fausto?—le preguntó el Señor.

—¿Fausto, el doctor?

—Sí, Fausto, mi siervo.

—¡Vuestro siervo!—exclamó irónicamente la satánica voz.—Os apuesto a que os lo arrebato. Permitidme únicamente guiarlo por mis caminos.

—Como gustes—le respondió el Creador.—Sabes que mientras el hombre viva en la tierra te está permitido someterle a tus pruebas. Pero presumo que tus tentaciones serán infructuosas con mi siervo Fausto.

—¡Veremos!—añadió el espíritu maligno.—No tengo el más leve temor de perder la partida.

Y encaminándose a la tierra, Mefistófeles se fué en busca de Fausto.

Envejecido por los años y el estudio, estaba el doctor Fausto sentado en su habitación, atestada de pergaminos, libros, alambiques y toda suerte de aparatos químicos; se había dado a la magia y a la alquimia, en la creencia de inducir a los espíritus a revelarle los secretos de la Naturaleza.

Acercóse el invisible Mefistófeles. La luna, que penetraba en la sala por una ventana gótica, palideció y se ocultó tras las nubes, y la lámpara se cubrió de sombra.

—Espíritu—gritó Fausto—¡revélate!

Sujetó un libro de magia, que misteriosamente se había abierto en la página que contenía el signo del espíritu de la tierra, y pronunció palabras misteriosas. Repentinamente brotó del suelo una roja llamarada y en medio de ella apareció Mefistófeles.

—¡Heme aquí!—dijo.—¿Por qué tiemblas? ¿Dónde está tu valor de hace poco?

—Soy Fausto y no te temo—replicó el doctor envalentonado.

En aquel momento se oyó llamar a la puerta. Era un discípulo del doctor, llamado Wagner, de gran inteligencia, pero de espíritu tímido, que vivía en una casa contigua, y que habiendo oído hablar en alta voz al maestro venía a oirle, creyendo que estaba declamando.

Después que Fausto le hubo despedido amablemente, se halló de nuevo en su tranquila soledad. La visión del espíritu no volvió a aparecer aquella noche.

Al día siguiente, cuando Fausto volvía con su discípulo de dar un paseo por los alrededores de la ciudad, que festejaba

la solemnidad de la Pascua, vió algo que le llenó de estupor.

Wagner solamente se dió cuenta de un enorme perro que a la luz del crepúsculo se arrastraba entre los zarzales y yerbajos del camino. Pero el doctor observaba además una estela de fuego detrás del animal, y por ciertos movimientos y signos. comprendió que en aquel perro se ocultaba un espíritu maligno.

Poco después, se le reveló en la soledad de su cuarto de estudio. Había seguido el perro a Fausto hasta su habitación, y después de haber estado agazapado largo rato en un rincón, se puso a ladrar, luego empezó a hincharse hasta parecer un hipopótamo, con ojos de fuego, y, finalmente, se esfumó en gris niebla; en el fondo de la chimenea apareció Mefistófeles en figura de estudiante.

—¿Quién eres?—le preguntó Fausto estupefacto y aterrado.

—Soy el espíritu que niega perpetuamente. Mi elemento es cuanto vosotros los hombres llamáis destrucción, pecado, muerte y mal.

A pesar de la malignidad del diablo, su sabio razonar le pareció sobrenatural e interesante al doctor. Calló Mefistófeles y un enjambre de trasgos y diablillos, evocados por el diablo, llenó la estancia de peregrinas figuras.

EL PACTO DE FAUSTO CON MEFISTÓFELES

Algunas noches después, tornó Mefistófeles a visitar a Fausto.

—Ea, doctor—le dijo:—vístete y sal conmigo a probar las dulzuras de la vida.

—¡Pobre de mí!—replicóle Fausto,—soy demasiado viejo para gozar de los placeres del mundo. Para mí no hay más que tedio y amarguras y no deseo sino morir.

—Ven conmigo—repuso Mefistófeles—y verás cómo sé hacerte alegre la existencia. Te acompañaré por todas partes; seré, si así gustas, tu siervo.

—¿Y con qué condición? Dímelo claramente, pues notorio es que si el diablo ayuda no es por amor de Dios.

—Pues bien—respondió Mefistófeles, —estaré continuamente a tu servicio en este mundo. Mas en el otro, comprende que tú harás otro tanto conmigo.

—El otro mundo no me preocupa—replicó Fausto con resolución.—Acepto, pues. Si eres capaz de calmar mis ansias locas, y puedes hacer que yo diga al fugaz instante: «Detente!, ¡cuán bello eres!» soy tuyo; encadéname y arrástrame contigo a los abismos; seré tu esclavo eternamente.

El pacto fué redactado y firmado con una gota de sangre.

MEFISTÓFELES LLEVA A FAUSTO ENTRE GENTE DIVERTIDA, MAS NO LOGRA DISTRAERLO

El primer lugar a donde el diablo condujo a Fausto, para hacerle disfrutar de la vida alegre, fué una célebre taberna de Leipzig, en la que una bullanguera reunión de jóvenes bebía y se solazaba. Pero el doctor no experimentó sino disgusto entre aquellas gentes ordinarias y alborotadoras. Ni logró Mefistófeles divertirlo cantando una canción que entusiasmó a toda la concurrencia. Visto lo cual, el diablo se puso a agujerear los bordes de la mesa y a colocar tapones en los huecos abiertos, preguntando después a cada uno qué clase de vino deseaba. Luego, trazando en el aire signos extraños, dijo:

—Señores míos, no os maravilléis, si esta mesa empieza a dar vino. ¿No es la vid de madera? No obstante, produce la uva. Vamos, pues, quitad los tapones.

Cada cual sacó el que tenía delante, y bebió cuanto vino quiso. Pero habiendo dejado derramar uno de los bebedores el vino por el suelo, brotó de éste una gran llama. El bebedor había observado que el desconocido caballero, que obraba aquellos prodigios, cojeaba de un pie, y echó mano a su daga para arrojar de allí al embrujado personaje. Pero Mefistófeles turbó las mentes de aquellos hombres con fantásticas imágenes. Parecíale a cada uno hallarse en una viña abundante en racimos, y creyendo cogerlos, tirábanse unos a otros de las narices.

Cuando volvieron a la razón, Mefis-

tófeles había desaparecido, llevándose a Fausto en brazos, por los aires.

FAUSTO BEBE EL FILTRO DE LA JUVENTUD Y VE LA IMAGEN DE MARGARITA

Descendieron luego a la cocina de una bruja, la cual podía devolver a Fausto la juventud necesaria para gozar de la vida en la plenitud de sus alegrías.

—Estas brujerías y sortilegios me repugnan—observó Fausto.—¿No se podría obtener de un espíritu bueno el bálsamo que necesito? ¿No hay otro medio de volver a la mocedad?

—Sí—respondió Mefistófeles.—Sal al campo, cava la tierra, encierra tu espíritu y tu cuerpo dentro de la valla de tu voluntad: sé parco y sencillo en tu mesa; sólo así serás joven hasta los ochenta años. Pero tal regimen no se adaptaba al carácter y naturaleza del doctor Fausto.

—Entonces—concluyó el diablo—no nos quedan más que los sortilegios.

CÓMO FAUSTO VIÓ A MARGARITA

La tenebrosa estancia, de cuyo centro pendía una hirviente caldera, emanando de su vapor extraños fantasmas; la mona que espulgaba a sus pequeños, en un rincón; extraños arneses que colgaban de las paredes, y las bromas que Mefistófeles cambiaba con los trasgos y duendes que corrían por los techos, todo inspiraba a Fausto tedio y repugnancia. Al mirar a su alrededor, vió en un espejo que tenía delante, una fascinadora imagen: una joven de maravillosa belleza, que le pareció la obra más amable de la creación.

Cuando se le acercó la hechicera a darle el filtro y Fausto lo hubo bebido, sintió correr por sus miembros el vigor y fuego de la juventud; quiso, en un ímpetu de júbilo, abalanzarse al espejo; pero la deliciosa aparición había desaparecido.

—Cálmate—le dijo Mefistófeles;—dentro de poco la verás en carne y hueso.

Así fué; momentos después, transformado Fausto en joven y esbelto doncel, dirigía palabras lisonjeras a una tímida jovencita de cabellos rubios, que pasaba a su lado y que en todo se parecía a la mágica visión del espejo. Era una doncella de catorce años, de condición modesta, llamada Margarita. Al principio ella esquivaba las protestas de afecto de aquel joven, que de tan noble cuna parecía; mas el apuesto caballero la obsequiaba con tan valiosos dones y acariciaba sus oídos con tan ardientes palabras, que, al fin, ganó el ingenuo corazón de la niña. Pero ¡oh dolor! desde aquel momento Margarita perdió la dulce serenidad de su alma, las puras alegrías de la inocencia, y de infortunio en infortunio, cayó en la más espantosa desolación.

MARGARITA MUERE ABANDONADA

Fausto había dado a Margarita un licor, suministrado por su maldito amigo; unas cuantas gotas bastaban para provocar un sueño profundo, y así, cada vez que el enamorado joven acudía a ver a su amada, ésta propinaba aquel brebaje a su madre para que, adormecida, quedase ignorante de sus galanteos. Un día, la anciana no se despertó de aquel letárgico sueño.

Margarita estuvo a punto de morir de dolor; pero otra desventura más cruel la esperaba. Volvió su hermano del servicio de las armas y, sorprendiendo cierta noche debajo del balcón de Margarita a Fausto y Mefistófeles que le cantaban una serenata al son de la guitarra, se echó sobre ellos espada en mano, pero cayó atravesado por el puñal de Fausto, cuya mano había guiado el demonio.

Acudió la gente: Fausto y su misterioso compañero desaparecieron, y Margarita quedó sola con su desesperación.

El doctor fué llevado por el diablo a la montaña Haftz, donde presenció la noche del Walpurgis, en que un regimiento de brujos y brujas, espíritus, diablillos y fuegos fatuos, batallaban con infernal algarabía.

Cuando cesó esta lúgubre visión, el pensamiento de Fausto tornó a Margarita: a toda costa deseaba que Mefistófeles le condujese a ella. Hízolo éste así, pero el desventurado Fausto hallóla con la razón perdida, en fuerza de sufrir, y próxima a la muerte.

Rechazando al amado, levantó la moribunda los ojos al cielo e invocó al Señor y a sus ángeles. Luego expiró.

—¡Está condenada!—gritó el demonio, abalanzándose sobre ella.

—¡Se ha salvado!—entonó una voz desde lo alto.

Y los coros celestes cantaron hosanna.

MEFISTÓFELES CONDUCE A FAUSTO A LA CORTE

Había prometido Mefistófeles a Fausto que, después de haberle llevado entre la gente del pueblo, le introduciría en el gran mundo.

Sin más tardar, le condujo y presentó a la corte imperial.

Cundía por entonces un general descontento por la falta de dinero. Mefistófeles sugirió al monarca la institución del papel moneda que, naturalmente, debía responder a un depósito metálico encerrado en la caja del Estado; mas no existía tal reserva. Mefistófeles lo había previsto todo.

—« Hago saber — se leía en los billetes—que este papel vale mil coronas; de garantía sirven los tesoros enterrados en el suelo del Imperio ».

MEFISTÓFELES LLEVA LA FELICIDAD AL PAÍS

Esta innovación levantó gran entusiasmo. Los alcaldes no tardaron en hacer público que las deudas estaban saldadas y los acreedores satisfechos. Los generales se felicitaban de que los soldados hubiesen recibido sus pagas con gran contentamiento. El gran Tesorero, o ministro de Hacienda, había hecho estampar innumerables billetes de diverso valor, y la ciudad, ya próxima a la ruina, se sentía feliz. Asombrado estaba el emperador de que sus súbditos otorgaran a unos pedazos de papel el valor del oro puro; mas persuadido de que todo iba viento en popa, se dió por muy contento de otorgar curso legal a la nueva forma de moneda.

MEFISTÓFELES EVOCA LA IMAGEN DE HELENA Y FAUSTO SE ENAMORA DE ELLA

Gozaban el diablo y su protegido de grandísima consideración en la corte. Un día tuvo el emperador un extraño antojo. Quiso que Fausto evocase ante él a Helena, la maravillosa reina de Esparta, causa de tan larga guerra entre griegos y troyanos, y asimismo a Paris, que la había raptado a su esposo Menelao.

La empresa no era fácil. Estaba el diablo muy a su placer entre espectros, magos y enanos, pero sentíase extraño en el mundo helénico y no podía obrar a su gusto.

No obstante, con alguna fatiga, logró hacer aparecer a la bellísima griega y al gallardo joven troyano.

Grandes fueron el estupor, la admiración y los comentarios de toda la corte. Pero más que ningún otro, Fausto quedó extasiado ante la dulcísima imagen de Helena. Jamás había visto tanta gracia, jamás tal perfección de formas. Cuando Paris se acercó a la reina griega e hizo ademán de raptarla, Fausto se lanzó sobre él, gritando fuera de sí:

—¡Loco temerario! ¡Detente! Yo la salvaré. ¡No puedo vivir sin ella!

Pero en el mismo instante los dos fantasmas se separaron y se resolvieron en niebla. Un terrible estampido destruyó la escena y dispersó al os concurrentes. Entre el tumulto y las tinieblas, Fausto se asió del os hombros del demonio, el cual se lo llevó a un *precipicio*.

EL PEDANTE WAGNER CREA EN EL LABORATORIO EL « HOMÚNCULUS »

De allí lo trasportó adormecido a su antiguo cuarto de estudio. En él estaba el pedante Wagner, inclinado sobre los hornillos del laboratorio, teniendo en la mano una ampolla, dentro de la cual resplandecía algo como una luz tranquila y pura.

—Os saludo—le dijo Mefistófeles.

—Silencio — murmuró Wagner sin levantar los ojos de su trabajo;—está para realizarse una obra maravillosa.

—¿Cuál?—preguntó el diablo.

—Un hombre va a nacer.

El cristal de la ampolla despidió un sonido vibrante. La turbia mezcla de su interior se aclaró, se encogió, componiendo una forma precisa: un hombrecillo bien proporcionado se agitaba gesticulando en el fondo de la ampolla.

—Buenos días, padre—dijo a Wagner. Luego, volviéndose a Mefistófeles:

—Albricias—le dijo,—primo mío. Ya que he venido al mundo, estoy a tu disposición.

Luego « Homúnculus » guió a Fausto y a Mefistófeles a ver la clásica noche del Walpurgis, en Tesalia. Tratábase de cosa completamente nueva para el diablo, quien tan sólo conocía los románticos fantasmas y la endiablada lucha de la montaña Hartz; era ésta una nueva noche de fabulosas criaturas del mundo pagano: esfinges, sirenas, cisnes, grifos, ninfas y centauros.

FAUSTO VE A QUIRÓN Y A HELENA

Caminaba Fausto maravillado por el sagrado suelo de la Grecia, buscando a Helena por todas partes.

—¿Habéis visto a Helena?—preguntó a las esfinges.

—Cuando vivíamos, ella no estaba en el mundo—le respondieron. Interroga al centauro Quirón, que galopa por estos campos en esta noche de fantasmas.

A lo lejos sesoía el galopar de un caballo que se acercaba y, momentos después, aparecía el erguido busto del docto y sabio centauro.

—Detente, Quirón—le gritó Fausto.

—No puedo detenerme—le respondió aproximándose a él.—¿Qué quieres?

—Al menos refrena tu carrera.

—No puedo.

—Entonces llévame contigo.

—Monta inmediatamente.

Saltó Fausto sobre el centauro y le preguntó por Helena.

Sí, el centauro la había conocido; la había llevado sobre su grupa; mas tanto tiempo hacía, que no sabía cómo ni dónde encontrarla.

Ocurriósele entonces llevar a Fausto al templo de la profetisa Manto.

Entretanto, Mefistófeles, después de haber vagado entre todas las maravillosas criaturas del mundo helénico, había trabado conocimiento con las horribles Forcidas, las cuales tenían un ojo en común y se lo pasaban para observar al recién llegado. Elogiando con falsos galanteos la belleza de las tres hermanas, el diablo consiguió le prestasen uno de sus amuletos. Con él se dirigió a Esparta, a la corte del rey Menelao, y con su mágica virtud pudo conducir Helena a Fausto. Así satisfacía una vez más el ardiente deseo de su protegido.

FAUSTO QUIERE UN SEÑORÍO

Pero la nueva felicidad de Fausto no duró largo tiempo. Helena le abandonó para descender al oscuro reino de Perséfone, y Fausto fué llevado por los aires y colocado en el suelo de su patria, al borde de gigantes rocas.

Una bota de siete leguas cayó delante de él; y momentos después la compañera. Mefistófeles saltó con ellas de aquellas alturas y, hecho esto, las enormes botas se alejaron misteriosamente.

—¿Qué quieres ahora?—le preguntó Mefistófeles—¿nada te agrada en este mundo?

—Sí—respondió Fausto;—me seduce algo grande. Quiero un señorío.

—Bien pensado. Una gran ciudad populosa, industrial y rica. Y tú, honrado y respetado de todos...

—No—dijo Fausto, dudando.

—Entonces un soberbio castillo con magníficos jardines...

—Tampoco...—repuso Fausto.

—Entonces, ¿qué?

—Siento dentro de mí las fuerzas necesarias para una gran empresa. Quiero conquistar una corona. El honor sin méritos no tiene valor. Gobernar un pueblo es la mayor gloria. Pediré al emperador un vasto feudo a lo largo de las orillas del mar, donde éste rompe sobre la tierra. Construiré poderosas murallas y obligaré a las olas borrascosas a retroceder y a los tristes pantanos a ser fértiles regiones, pobladas de ciudades. No hagas muecas, demonio, quiero luchar y vencer.

EL EMPERADOR OTORGA UN FEUDO A FAUSTO

—¡Una fruslería!—exclamó Mefistófeles.—No obstante, procuraré contentarte. Justamente la ocasión es propicia. El emperador está en guerra y lucha con desventaja. Hagamos por salvar su trono, y luego tú, doblando la

rodilla en tierra, recibirás como feudo un territorio inmenso.

—Sea así—repuso Fausto:—venzamos en la batalla.

—Para ello me valdré de todo mi poder; la honra será para ti, que serás el general en jefe.

El diablo mantuvo su promesa. Con tres colosales guerreros que hizo salir de la montaña, aseguró la victoria al emperador, el cual asignó a Fausto el país que éste deseaba a lo largo del mar.

FAUSTO POSEE RIQUEZAS Y DOMINIOS, PERO NO LA PAZ Y ALEGRÍA DEL ESPÍRITU

Pasaron muchos años. Las desoladas comarcas vecinas al mar se habían prodigiosamente transformado en cultos y ricos campos, poblados de casas. Fausto, viejo ya, paseaba lentamente por su magnífico parque. El sol caía en el ocaso; las últimas naves entraban presurosas en el puerto; y la frente de Fausto estaba preñada de hondas preocupaciones. El tañido de una campana en la colina le irritaba y le ponía inquieto. ¡Aquel pedazo de tierra, allá abajo, donde habitaban dos viejecitos en su humilde cabaña, junto a una pobre iglesia, aquellos pocos árboles que no le pertenecían, le amargaban la alegría de su gran poderío!

En un abrir y cerrar de ojos Mefistófeles redujo a cenizas la cabaña.

—Yo no quería un crimen—replicó Fausto indignado.—Repruebo y maldigo ese acto brutal;—y se alejó, absorto de nuevo en sus pensamientos.

Llegó la media noche. Cuatro sombras grises de mujer avanzaron hacia el palacio. Eran la Miseria, la Culpa, la Necesidad y la Inquietud.

Al llegar a la puerta, observaron.

—Aquí habita un rico.

Tres de ellas prosiguieron su camino, pero la Inquietud entró y se quedó en el castillo.

—¡Qué hermoso sería—pensaba Fausto entre tanto—si yo fuese un hombre sencillo; si nunca hubiese osado penetrar en la tinieblas, para maldecir de mi existencia y de mí mismo! La tierra es lo suficiente hermosa para que el hombre humilde encuentre en ella la felicidad. Yo en cambio estoy continuamente atormentado por negros pensamientos.

FAUSTO CIEGO

Cuando así discurría Fausto, vió a la mujer gris a su lado y quiso rechazarla; pero la Inquietud le sugirió:

—¿No quieres reconocerme? Pues bien ¡mi maldición caerá sobre ti! Vivirás ciego entre los mortales.

Y, al decir esto, le sopló en el rostro, y Fausto perdió repentinamente la vista.

—¿Qué me pasa?—exclamó Fausto.—La noche desciende tétrica ante mis ojos; mas ¡dentro de mí veo brillar una luz clara! Ea, siervos, al trabajo: « ¡que en una hora se realice por entero la obra que mi mente ha ideado! ¡Cuando estén desecados estos pantanos, y una población viril y trabajadora pueble estas comarcas, que serán entonces fecundas, yo viviré libre entre gente libre, y podré decirle al instante fugaz: « ¡Detente!, ¡cuán bello eres! » Ya me parece gozar de esa inefable alegría ».

FAUSTO MUERE, MAS EL DIABLO NO VENCE

Fausto había pronunciado las palabras secretas del pacto.

Al oirlas, acudió Mefistófeles con el escrito firmado con sangre, para arrastrar al abismo al alma que forcejaba por salir del cuerpo. Pero un coro de ángeles descendió de la altura y, esparciendo rosas sobre el lecho del moribundo, cantaba:

—El hombre que trabaja y se afana sin descanso por un ideal, es digno de absolución.

Así los espíritus celestes se apoderaron del alma de Fausto, a despecho del furioso demonio. No obstante sus pecados y el sacrílego pacto concertado con el diablo, Fausto había conservado la nobleza de ánimo, y en el trabajo y en las aspiraciones de su mente, había siempre intentado hacerse cada vez más independiente de su perverso compañero.

Por esto, en el último instante, la divina piedad le había sonreído.